

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS ENTRE LA CIENCIA POLÍTICA, LA TEORÍA POLÍTICA Y LA FILOSOFÍA POLÍTICA*

MEETINGS AND MISUNDERSTANDINGS BETWEEN THE POLITICAL SCIENCE, THE POLITICAL THEORY AND THE POLITICAL PHILOSOPHY

*Luis Miguel Obando Tobón***

Recibido: marzo 10 de 2014

Aprobado: octubre 21 de 2014

RESUMEN

El artículo aborda la relación entre la ciencia política, la teoría política y la filosofía política teniendo como telón de fondo el positivismo y la interpretación de Giovanni Sartori, ya que esta visión permite, mejor que otras, entablar una relación sin necesidad de que alguna de las modalidades de estudio sobresalga u opaque a la otra. Por último, se hace hincapié en la necesidad de entablar relaciones entre las disciplinas y en repensar los paradigmas del siglo XIX.

PALABRAS CLAVE

Ciencia política, filosofía política, teoría política, positivismo.

ABSTRACT

The article discusses the relationship between political science, political theory and political philosophy having as backdrop the po-

* El artículo es producto, con modificaciones, de una conferencia presentada en el Coloquio de Ciencia Política de la Universidad de Antioquia el 31 de Mayo del 2013.

** Politólogo de la Universidad de Antioquia. Docente de cátedra de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, pregrado en Ciencia Política, Universidad de Antioquia. Correo: luis.obando@udea.edu.co

sitivism and Giovanni Sartori's interpretation, since it allows, better than others, the establishment of a relationship without any of the study modes protruding or opaquing the others. Finally, it emphasizes the need to build relationships between disciplines and the rethink of the nineteenth century paradigms.

KEYWORDS

Political science, political philosophy, political theory, positivism.

INTRODUCCIÓN

Plantearse el encuentro o desencuentro entre la ciencia política, la teoría política y la filosofía política, nos remite a una vieja discusión que necesariamente debe tener al positivismo como eje transversal, ya sea para distanciarse de él o para afirmarlo. Volver a la discusión tiene sentido porque en Colombia la ciencia política es una disciplina muy joven, que no ha logrado tener un nivel deseable de debate sobre estos temas. Sin embargo, es necesario aclarar que en Colombia el paradigma positivista ha llegado de manera muy tenue, es decir, no ha tenido la fuerza, el desarrollo y el impacto que tuvo y sigue teniendo en Europa y Estados Unidos, de manera que las críticas que se le han hecho al positivismo desde nuestro medio presentan una dificultad y es que se han hecho sin haberlo desarrollado realmente, sin agotarlo, reflejando la distancia que hay entre el tiempo y la producción científica en Colombia, lo cual advirtió Alfonso Reyes en 1936 en su conferencia "*Notas Sobre la Inteligencia Americana*" al decir que:

Nuestro drama tiene un escenario, un coro y un personaje. Por escenario no quiero ahora entender un espacio, sino más bien un tiempo, un tiempo en el sentido casi musical de la palabra: un compás, un ritmo. Llegada tarde al banquete de la civilización europea, América vive saltando etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma en otra, sin haber dado el tiempo a que madure del todo la forma precedente. A veces el salto es osado y la nueva forma tiene el aire de un alimento retirado del fuego antes de alcanzar su plena cocción. La tradición ha pesado menos, y esto explica la audacia. (1978, p. 5).

El crecimiento de la ciencia, acompañado del desarrollo del positivismo, llevó a que a mediados del siglo XX los adeptos de este paradigma dijeran que la filosofía política y la teoría política habían muerto¹, que el único conocimiento válido y legítimo era la ciencia, pues su conocimiento es empíricamente verificable o contrastable. En esa medida, sostenían que la ciencia política dejó a un lado los contenidos valorativos que la retrasaban y que, al adoptar el método científico y lograr su neutralidad, se había liberado de la filosofía política (Taylor, 1999).

Por supuesto, si aceptamos la muerte de la filosofía y de la teoría política, no podríamos plantear ningún encuentro entre estas con la ciencia política, por lo que conviene mirar lo que diferencia a cada una con el fin de encontrar la manera en que se pueda dar un diálogo entre las tres.

Como advierte Sartori (2010), la ciencia y la filosofía son lenguajes especializados, por lo tanto, es a partir de la claridad del mismo - a través de la precisión del significado de las palabras - que las disciplinas empiezan a definir su manera de proceder, sus pretensiones y finalidades y, así, la ciencia construye un lenguaje que pretende servir al conocimiento empírico - donde prima la descripción, la observación, la comprobación y el cómo del objeto - y, por el contrario, la filosofía configura un lenguaje metafísico y omni representativo que busca la razón de ser última de las cosas y, por lo tanto, se pregunta por el por qué² de estas. Por supuesto, la división que hace Sartori entre la filosofía y la ciencia no es tan nítida como se ha presentado, sino que como el fin es didáctico se procede por extremos. El cómo y el por qué se interrelacionan, la distinción solo pretende marcar el predominio y la prioridad de la investigación.

De igual forma, Sartori (2010) plantea estas diferencias con un propósito estratégico, ya que su propuesta es ver a la ciencia y a la

-
- 1 Estas afirmaciones tuvieron inmediata respuesta por parte de filósofos e historiadores políticos, los cuales reivindicaron la filosofía política y la teoría política como disciplinas autónomas y legítimas. Entre ellos se encuentra Michael Oakeshott, Peter Laslett, Isaiah Berlin, Leo Strauss, Hannah Arendt, entre otros. Véase: Velasco, Ambrosio (Compilador). (1999). *El Resurgimiento de la Teoría Política en el siglo XX*. Filosofía, Historia y Tradición. México: UNAM.
 - 2 Es importante recordad la polémica incesante que plantea Mardones entre la tradición aristotélica y la galileana, o entre la explicación y la comprensión. Véase: Mardones, José María. (1991). Barcelona: Anthropos.

filosofía como niveles de verdad superpuestos que plantean que esta no corresponde a una sola disciplina sino que cada una la busca con sus propios caminos y técnicas, lo que indica que la relación entre ambas ya no puede verse desde el antagonismo sino que como cada una, dentro de su plano, tiene un destino heurístico diferente, pueden coincidir en el objeto sin generar conflictos debido a sus pretensiones distintas.

Por supuesto, como hemos venido haciendo notar, las disciplinas necesitan crear un lenguaje especializado, el problema es que, dentro del positivismo, este lenguaje, aunado a la delimitación disciplinar, se hace de tal forma que se vuelve incomunicable para los no especializados, creando “barreras infranqueables y una erudición sin sentido o miopía de las ciencias crecientemente positivizadas” que las convierte en ciencias de la “autosatisfacción” (Gómez, 2003, p. 33).

Otro de los problemas centrales a la hora de construir la ciencia desde el positivismo es la neutralidad valorativa. La posición de Sartori (2010) es que, cuando las ciencias definen su quehacer a través de la construcción lógica del lenguaje están logrando tener algo de neutralidad porque la construcción lingüística restringe el lado emotivo y valorativo, es decir que el valorar no impide construir la ciencia, pero, no por esto, deja de ser el ideal la neutralidad valorativa desde su posición.

La pregunta más pertinente para este caso sería si la cancelación de los valores es posible en las ciencias sociales que, a diferencia de las naturales, tienen un objeto cargado de valor, por lo que la incorporación del mismo a su estudio se da de un modo que las ciencias físico – naturales no enseñan, porque allí la relación es sujeto – objeto y no sujeto – sujeto.

La pretendida neutralidad valorativa de los positivistas ha sido criticada por Charles Taylor (1999) en su texto *La neutralidad en la ciencia política*. Al analizar varias obras de politólogos como Lipset, Almond e Easton, pone de manifiesto que los sistemas teóricos que sostienen con evidencia empírica, se proponen determinados fines e instituciones que sirven al sistema democrático, por lo que sus juicios, que en apariencia son neutros, están basados en consideraciones sobre qué fines son admisibles y cuáles no. Por ejemplo, al analizar la obra de Lipset *El hombre político*, muestra cómo, al considerarse en

la obra que el conflicto de clases sociales es inevitable, es decir, que no puede erradicarse, deja de entrada excluida la sociedad comunista, en la cual, desde el marxismo, es posible realizar una sociedad sin clases.

En últimas, Taylor rechaza la pretensión de la ciencia política positivista de que es posible separar juicios de hecho de juicios de valor y, por el contrario, sostiene que el conocimiento normativo y el fáctico se condicionan recíprocamente (Velasco, 1999). El problema, para Ambrosio Velasco, es que, si la ciencia política no reconoce los contenidos valorativos y normativos que están en sus descripciones y explicaciones, pierde la ventaja que posee la filosofía y la teoría política al reconocerlas y es que al hacer explícitos los contenidos valorativos, pueden cuestionarlos, criticarlos y desarrollarlos, reflexión que deja a un lado la ciencia política y que, para hacerla, necesita de la filosofía política (Velasco, 1999).

La precisión que permite el proceder mediante la diferenciación, tal como se ha hecho hasta ahora con la filosofía y la ciencia, se esclarece con el nacimiento del método científico moderno entre los siglos XVI y XVII, siglos en los que se afirma que este es una condición *sine qua non* para que se pueda hablar de ciencia. Con esto se da, no solo la separación del pensamiento científico del filosófico, sino el privilegio de un solo método, el newtoniano, dentro del cual, como lo ha expuesto Wallerstein (2007), se podían alcanzar certezas debido a que existía una simetría entre el pasado y el futuro, permitiendo coexistir en un presente eterno. En este punto, hay que recordar, como lo hace Sartori (2010), que las ciencias naturales precedieron a la física de Newton y que no se reconocieron en ese modelo pues no eran fiscalistas si no clasificatorias, lo cual lo lleva a distinguir entre ciencia en sentido estricto (exacta, fiscalista) y ciencia en sentido lato, donde convergen una gran pluralidad de ciencias y de métodos.

Por esto, para el politólogo italiano, lo importante no es tanto la científicidad intrínseca de la disciplina (la ciencia en sentido estricto) sino su autonomía – ciencia en sentido lato –, es decir, su separación de los distintos modos de estudiar la política (la ética, el derecho, la sociología, etc). En este punto, es importante recordar que la autonomía que se ha buscado desde el positivismo ha sido a ultranza, lo cual ha cerrado cualquier posibilidad de diálogo o aprovechamiento con las distintas disciplinas que han hecho aportes a los estudios sobre la

política. Hoy, que los problemas de la disciplina provienen más de la vertiente política – del objeto – que de la científica, es importante que se busque la manera de entablar esos diálogos, porque la filosofía, al buscar la esencia de las cosas, para este caso de la política, tiene un papel fundamental por cumplir en los problemas de la vertiente política. Por esto, más que una autonomía en sentido absoluto, es necesario una autonomía en sentido relativo.

Pero, en todas estas diferenciaciones, dónde queda la teoría, especialmente la teoría política, caracterizadas ambas por un alto nivel de elaboración y abstracción mental. La propuesta de Sartori (2010) es que si miramos una línea continua, la filosofía y la ciencia estarían en los extremos de la misma y, las zonas intermedias, tenderían hacia alguno de los extremos. La teoría, por el contrario, presenta una disyuntiva desde su visión y es que al preguntarnos por la ubicación de la misma dentro del continuo, se abre la necesidad de pensar retrospectiva y prospectivamente, pues desde la primera opción la teoría es el punto intermedio entre los dos extremos, el puente que permite transitar de la filosofía política a la ciencia política, pero, prospectivamente, Sartori (2010) sostiene que la teoría está destinada a desaparecer o a ser reabsorbida porque una disciplina, al consolidarse, desarrolla una teoría endógena.

Otro de los problemas que tiene la teoría política es que la filosofía política siempre ha pretendido absorberla, por ejemplo, para Leo Strauss (1999) la teoría política es ante todo filosofía política. Sin embargo, la teoría política aún puede mantener su autonomía y legitimidad, lo cual le permitiría seguir siendo un puente entre la filosofía y la ciencia, esto, por dos razones. La primera es que, si bien cuando la ciencia se consolida desarrolla una teoría endógena, esto no supone la sustitución de la teoría política tradicional porque esta nueva teoría tendría como principio servir de guía para las investigaciones empíricas, por lo que la teoría política tradicional se mantendría. La segunda razón – que tiene más peso - es que, ante la visión straussiana de considerar la historia de la teoría política dependiente de la filosofía política, se encuentran como respuesta las visiones de John Dunn, Jonh Pocock y Quentin Skinner, los cuales reivindican la autonomía y la relevancia de la teoría política tanto de la filosofía política como de la ciencia política, pues para estos, la

historia de la teoría política no puede tener una función instrumental para la filosofía política como la entiende Strauss (Velasco, 1999).

Lo que esto último revela, es que la propuesta de Sartori aquí esbozada sobre los niveles de verdad se convierte en necesaria y vital para plantear el quehacer de las ciencias sociales y humanas en el siglo XXI, pues esta, lejos de caer en el relativismo, permite consolidar el trabajo interdisciplinario que, contrario a lo que se cree, no niega la especialización sino que cuenta con ella, es decir, es a partir del reconocimiento de lo que le compete a cada disciplina que se pueden entablar diálogos fructíferos entre las mismas, lo cual debe ser una preocupación transversal de todas las disciplinas para pensar su institucionalización en el nuevo siglo, por esto, la invitación de Wallerstein (2004) es a impensar las ciencias sociales del siglo XIX, pues muchos de los supuestos que se crearon en dicho siglo – para él engañosos y constrictivos – siguen arraigados en nuestra mentalidad.

REFERENCIAS

- Gómez García, J. (2003). La interdisciplinariedad en las ciencias sociales: una aproximación al tema. En: *La interdisciplinariedad en las ciencias sociales*. Medellín: Colciencias
- Reyes, A. (1978). Notas sobre la inteligencia americana. En: *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*. México: UNAM.
- Sartori, G. (2010). *La política: lógica y método en las ciencias sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Strauss, L. (1999) ¿Qué es filosofía política? En A. Velasco (Compilador). *El resurgimiento de la teoría política en el siglo XX. Filosofía, Historia y Tradición*. México: UNAM.
- Taylor, Ch. (1999). La neutralidad en la ciencia política. En A. Velasco (Compilador). *El resurgimiento de la teoría política en el siglo XX. Filosofía, Historia y Tradición*. México: UNAM.
- Velasco, A. (1999). Introducción. En A. Velasco (Compilador). *El resurgimiento de la teoría política en el siglo XX. Filosofía, Historia y Tradición*. México: UNAM.
- Wallerstein, I. (2004). *Impensar las ciencias sociales*. Siglo XXI Editores.
- _____. (2007). *Abrir las ciencias sociales*. Siglo XXI Editores.